

Flujos y reflujos. La coyuntura económica y el movimiento obrero mundial

León Trotsky
25 de diciembre de 1921

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Flood-Tide. The Economic Conjuncture and the World Labour Movement](#)“, en [Trotsky Internet Archive – MIA](#). *Pravda*, número 292, 25 de diciembre de 1921.

La sección inglesa del MIA reproduce desde: *The First Five Years of the Communist International*, Volumen II, New Park, Londres, 1974. Obra editada por primera vez en ruso, en 1924, con el título *Pyat Let Komintern* en la Editorial del Estado, Moscú.)

El mundo capitalista entra en un período de auge industrial. Los auges se alternan con las depresiones, ley orgánica de la sociedad capitalista. El auge actual indica, sin embargo, el establecimiento de un equilibrio en la estructura de clases. Una crisis suele favorecer el crecimiento de los ánimos anarquistas y reformistas entre los obreros. El auge ayudará a fusionar a las masas trabajadoras.

I

Los síntomas de una nueva marea revolucionaria se hacen patentes en el movimiento obrero europeo. Es imposible predecir si traerá consigo olas gigantescas que lo inunden todo. Pero no cabe duda de que la curva del desarrollo revolucionario se inicia evidentemente hacia arriba.

El período más crítico en la vida del capitalismo europeo se produjo en el primer año de posguerra (1919). Las más altas manifestaciones de la lucha revolucionaria en Italia (días de septiembre de 1920), se produjeron cuando los momentos más agudos de la crisis política en Alemania, Inglaterra, Francia parecían ya superados. Los acontecimientos de marzo en Alemania fueron un eco tardío de una época revolucionaria que ya había pasado, y no el comienzo de una nueva. A principios de 1920, el capitalismo y su estado, habiendo consolidado sus primeras posiciones, pasaron ya a la ofensiva. El movimiento de las masas trabajadoras asumió un carácter defensivo. Los partidos comunistas se convencieron de que estaban en minoría, y en ciertos momentos parecían estar aislados de la inmensa mayoría de la clase obrera. De ahí la llamada “crisis” de la Tercera Internacional. En la actualidad, como he dicho, se indica claramente un punto de inflexión. La ofensiva revolucionaria de las masas trabajadoras va en aumento. Las perspectivas de lucha son cada vez más amplias.

Esta sucesión de etapas es producto de causas complejas de distinto orden; pero en el fondo se deriva de los agudos zigzags de la coyuntura económica que reflejan el desarrollo capitalista de la posguerra.

A la burguesía europea le llegaron las horas más peligrosas durante el período de desmovilización, con el regreso de los soldados engañados a sus hogares y con su reubicación en las colmenas de la producción. Los primeros meses de la posguerra engendraron grandes dificultades que contribuyeron a agravar la lucha revolucionaria. Pero las camarillas burguesas gobernantes se corrigieron a tiempo y llevaron a cabo una política financiera y gubernamental a gran escala destinada a mitigar la crisis de la desmovilización. El presupuesto del estado siguió conservando las monstruosas proporciones de la época de la guerra; se mantuvieron artificialmente en funcionamiento muchas empresas; se prolongaron muchos contratos para evitar el desempleo; se

alquilaron apartamentos a precios prohibitivos para la reparación de los edificios; el gobierno subvencionó con su presupuesto la importación de pan y carne. En otras palabras, se acumuló la deuda nacional, se degradó la moneda, se socavaron los fundamentos de la economía, todo ello con el propósito político de prolongar la ficticia prosperidad comercial-industrial de los años de guerra. Esto dio a los principales círculos industriales la oportunidad de renovar el equipamiento técnico de las mayores empresas y reconvertirlas a la producción en tiempos de paz.

Pero este auge ficticio chocó muy pronto con el empobrecimiento universal. La industria de bienes de consumo fue la primera en paralizarse debido a la capacidad extremadamente reducida del mercado, y levantó las primeras barricadas de sobreproducción que más tarde obstruyeron la expansión de la industria pesada. La crisis adquirió proporciones sin precedentes y formas inéditas. Comenzando a principios de la primavera al otro lado del Atlántico, la crisis se extendió a Europa a mediados de 1920, y alcanzó sus cotas más bajas en mayo de 1921, el año que está llegando a su fin.

Así, después de un año de prosperidad ficticia, cuando se consolidó abierta e inequívocamente la crisis comercial-industrial de posguerra, el primer asalto elemental de la clase obrera a la sociedad burguesa estaba ya en su fase final. La burguesía pudo resistir esquivando y virando, haciendo concesiones y, en parte, ofreciendo resistencia militar. Este primer asalto proletario fue caótico: sin objetivos e ideas políticas definidas, sin ningún plan, sin ningún aparato dirigente. El curso y el resultado de este asalto inicial les demostró a los trabajadores que cambiar su suerte y reconstruir la sociedad burguesa era una empresa mucho más complicada de lo que podrían haber pensado durante las primeras manifestaciones de las protestas de posguerra. Relativamente homogéneas en lo que respecta a lo incipiente de su estado de ánimo revolucionario, las masas obreras empezaron a perder rápidamente su homogeneidad: se produjo una diferenciación interna entre ellas. El sector más dinámico de la clase obrera, el menos ligado a las tradiciones del pasado y tras aprender por experiencia la necesidad de la claridad ideológica y la fusión organizativa, se cohesionó en el partido comunista. Después de los fracasos, los elementos más conservadores o menos conscientes se apartaron temporalmente de los objetivos y métodos revolucionarios. La burocracia obrera se benefició de esta división para recuperar sus posiciones.

Como ya se ha dicho, la crisis comercial-industrial de 1920 estalló en la primavera y el verano, en unos momentos en los que la reacción política y psicológica anterior ya se había instalado en el seno de la clase obrera. No caben dudas de que la crisis aumentó el descontento entre considerables grupos de la clase obrera, provocando aquí y allá tempestuosas manifestaciones de descontento. Pero tras el fracaso de la ofensiva de 1919, y con la consiguiente diferenciación que se produjo, la crisis económica ya no pudo por sí misma devolver la necesaria unidad al movimiento, ni hacer que asumiera el carácter de un nuevo y más decidido asalto revolucionario. Esta circunstancia refuerza nuestra convicción de que los efectos de una crisis sobre el curso del movimiento obrero no son todos de carácter unilateral como imaginan algunos simplificadores. Los efectos políticos de una crisis (no sólo el alcance de su influencia, sino también su dirección) están determinados por toda la situación política existente y por los acontecimientos que preceden y acompañan a la crisis, especialmente las batallas, éxitos o fracasos de la propia clase obrera antes de la crisis. Bajo un conjunto de condiciones, la crisis puede dar un poderoso impulso a la actividad revolucionaria de las masas trabajadoras; bajo otro conjunto de circunstancias puede paralizar completamente la ofensiva del proletariado y, si la crisis se prolonga demasiado y los obreros sufren demasiadas pérdidas, puede debilitar extremadamente no sólo la ofensiva sino, también, el potencial defensivo de la clase obrera.

Hoy, en retrospectiva y para ilustrar este pensamiento, se podría formular la siguiente propuesta: si la crisis económica, con sus manifestaciones de desempleo masivo e inseguridad, hubiera seguido inmediatamente a la terminación de la guerra, la crisis revolucionaria de la sociedad burguesa habría tenido un carácter mucho más agudo y profundo. Precisamente para evitarlo, los estados burgueses atenuaron la crisis revolucionaria mediante una prosperidad financiera especulativa, es decir, aplazando la inevitable crisis comercial-industrial durante doce o dieciocho meses, a costa de desorganizar aún más sus respectivos aparatos financieros y económicos. Por ello, la crisis se hizo aún más profunda y aguda: pero ya no coincidió en el tiempo con la turbulenta oleada de desmovilización, sino que llegó en el momento en que ésta ya había refluído, en un momento en que un campo estaba haciendo el balance y reeducándose mientras el otro pasaba por la desilusión y las consiguientes escisiones. La energía revolucionaria de la clase obrera se interiorizó y encontró su expresión más clara en los denodados esfuerzos por construir el partido comunista. Éste se expandió inmediatamente hasta convertirse en la mayor fuerza en Alemania y en Francia. Al pasar el peligro inmediato, el capitalismo, habiendo creado artificialmente un boom especulativo en el curso de 1919, aprovechó la crisis incipiente para desalojar a los trabajadores de aquellas posiciones (la jornada de 8 horas, los aumentos salariales) que los capitalistas les habían cedido previamente como medidas de autopreservación. Los obreros, luchando en la retaguardia, retrocedieron. Las ideas de conquistar el poder, de establecer repúblicas soviéticas, de llevar a cabo la revolución socialista, naturalmente se oscurecieron en sus mentes en un momento en el que se vieron obligados a luchar, no siempre con éxito, para contener el ritmo de recortes de sus salarios.

Allí donde la crisis económica no adoptó la forma de sobreproducción y desempleo agudo, sino que mantuvo la forma más profunda (como en Alemania) de la subasta del país y la degradación del nivel de vida de los obreros, la energía de la clase obrera, dirigida a aumentar los salarios para compensar la disminución del poder adquisitivo del marco, se asemejó a los esfuerzos de un hombre que persigue su propia sombra. Como en otros países, el capitalismo alemán pasó a la ofensiva; las masas obreras, aunque resistieron, retrocedieron desordenadamente.

Precisamente en esta situación general se produjeron los acontecimientos de marzo de este año en Alemania. Su esencia se reduce a que el joven partido comunista, asustado por el evidente reflujo revolucionario del movimiento obrero, hizo un intento desesperado de explotar la acción de uno de los destacamentos dinámicos del proletariado con el fin de “electrizar” a la clase obrera y de hacer todo lo posible para llevar las cosas a un punto crítico, para precipitar la batalla decisiva.

El Tercer Congreso Mundial de la Comintern se reunió bajo las nuevas impresiones de los acontecimientos de marzo en Alemania. Después de un cuidadoso análisis, el congreso evaluó plenamente el peligro inherente a la falta de correspondencia entre la táctica de la “ofensiva”, la táctica de la “electrificación” revolucionaria, etc., y los procesos mucho más profundos que se estaban produciendo en el seno de toda la clase obrera de acuerdo con los cambios y desplazamientos de la situación económica y política¹.

Si en 1918 y 1919 hubiera habido en Alemania un partido comunista comparable en fuerza al que existía en marzo de 1921, es muy probable que el proletariado hubiera

¹ Ver en *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, 2ª edición digital, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*, páginas 116-202 del formato pdf, y en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, páginas 183-513 del formato pdf.

asumido el poder ya en enero o marzo de 1919. Pero no hubo tal partido. El proletariado sufrió una derrota. De la experiencia de esta derrota surgió el partido comunista. Una vez surgido, si intentara en 1921 actuar de la manera en que el partido comunista debería haber actuado en 1919, habría sido destrozado. Esto es exactamente lo que dejó claro el último congreso mundial.

La disputa sobre la teoría de la ofensiva se entrelazó estrechamente con la cuestión de la valoración de la coyuntura económica y su evolución futura. Los partidarios más consecuentes de la teoría de la ofensiva desarrollaron la siguiente línea de razonamiento: El mundo entero está sumido en una crisis que es la crisis de un orden económico en descomposición. Esta crisis debe profundizarse ineludiblemente y, por tanto, revolucionar cada vez más a la clase obrera. En vistas de ello, era superfluo que el partido comunista vigilara su retaguardia, sus principales reservas; su tarea era tomar la ofensiva contra la sociedad capitalista. Tarde o temprano el proletariado, bajo el látigo de la decadencia económica, vendría en su apoyo. Este punto de vista no llegó al pleno del congreso de forma tan acabada porque las aristas más afiladas habían sido pulidas durante las sesiones de la comisión que se ocupó de la situación económica. La mera idea de que la crisis comercial-industrial podía dar paso a un relativo auge era considerada por los partidarios conscientes y semiconscientes de la teoría de la ofensiva casi como centrismo. En cuanto a la idea de que el nuevo resurgimiento comercial-industrial no sólo no podría frenar la revolución, sino que, por el contrario, prometía darle un nuevo vigor, esta idea ya parecía poco menos que menchevismo. El pseudorradicalismo de las “izquierdas” encontró una expresión tardía y bastante inocente en la última convención del Partido Comunista Alemán, en la que se adoptó una resolución en la que, permítanme señalar de paso, fui señalado por una polémica personal, aunque sólo expresé las opiniones del comité central de nuestro partido. Me reconcilio tanto más con esta pequeña e inofensiva venganza de las “izquierdas” cuanto que, en general, las lecciones del Tercer Congreso Mundial dejaron sus huellas y, sobre todo, en nuestros camaradas alemanes.

II

Hoy en día hay signos incontestables de una ruptura de la coyuntura económica. Los lugares comunes que afirman que la crisis actual es la crisis final de la decadencia, que constituye la base de la época revolucionaria, que sólo puede terminar con la victoria del proletariado, tales lugares comunes no pueden sustituir, evidentemente, a un análisis concreto del desarrollo económico junto con todas las consecuencias tácticas que de él se derivan. De hecho, la crisis mundial se detuvo, como se ha dicho, en mayo de este año. Los síntomas de mejora de la coyuntura se manifestaron primero en la industria de bienes de consumo. A continuación, la industria pesada también se puso en marcha. Hoy son hechos incontrovertibles que se reflejan en las estadísticas. No citaré estas estadísticas para no dificultar al lector el seguimiento de la línea general de pensamiento.

¿Significa esto que la decadencia de la vida económica capitalista se ha detenido? ¿Que esta economía ha recuperado su equilibrio? ¿Que la época revolucionaria está llegando a su fin? En absoluto. La ruptura de la coyuntura industrial significa que la decadencia de la economía capitalista y el curso de la época revolucionaria son mucho más complejos de lo que algunos simplificadores se imaginan.

El movimiento del desarrollo económico se caracteriza por dos curvas de distinto orden. La primera y básica curva denota el crecimiento general de las fuerzas productivas, la circulación de mercancías, el comercio exterior, las operaciones bancarias, etc. En general, esta curva se mueve hacia arriba a lo largo de todo el desarrollo del capitalismo. Expresa el hecho de que las fuerzas productivas de la sociedad y la riqueza de la humanidad han crecido bajo el capitalismo. Esta curva básica, sin embargo, sube de forma

desigual. Hay décadas en las que sube sólo por los pelos, luego siguen otras décadas en las que rebota fuertemente hacia arriba, sólo para después, durante una nueva época, permanecer durante mucho tiempo en un mismo nivel. En otras palabras, la historia conoce épocas de crecimiento rápido y también más gradual de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. Así, tomando el gráfico del comercio exterior inglés, podemos establecer sin dificultad que sólo muestra un aumento muy lento desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Luego, en un espacio de veintitantos años (1851 a 1873), asciende muy rápidamente. En la época siguiente (1873 a 1894) permanece prácticamente sin cambios, y luego reanuda la rápida subida hasta la guerra.

Si dibujamos este gráfico, su desigual curvatura ascendente nos dará una imagen esquemática del curso del desarrollo capitalista en su conjunto, o en uno de sus aspectos.

Pero sabemos que el desarrollo capitalista se produce a través de los llamados ciclos industriales, que comprenden un conjunto de fases consecutivas de la coyuntura económica: auge, estancamiento, crisis, fin de la crisis, mejora, auge, estancamiento, etc. El estudio histórico muestra que estos ciclos se suceden cada ocho o diez años. Si se colocaran en el gráfico, obtendríamos, superpuestos a la curva básica que caracteriza la dirección general del desarrollo capitalista, un conjunto de ondas periódicas que suben y bajan. Las fluctuaciones cíclicas de la coyuntura son inherentes a la economía capitalista, como los latidos del corazón son inherentes a un organismo vivo.

El auge sigue a la crisis, la crisis sigue al auge, pero en general la curva del capitalismo ha subido en el curso de los siglos. Es evidente que la suma de los auges debe haber sido mayor que la suma de las crisis. Sin embargo, la curva de desarrollo ha asumido un aspecto diferente en distintas épocas. Ha habido épocas de estancamiento. Las oscilaciones cíclicas no cesaron. Pero como el desarrollo capitalista en su conjunto seguía subiendo, se deduce que las crisis compensaban prácticamente los auges. Durante las épocas en las que las fuerzas productivas ascendían rápidamente, las oscilaciones cíclicas seguían alternándose. Pero, evidentemente, cada auge hacía avanzar a la economía más de lo que la hacía retroceder cada vez que se producía una crisis. Las ondas cíclicas podrían compararse con las vibraciones de un alambre, suponiendo que la línea de desarrollo económico se asemeja a un alambre bajo tensión: en realidad, por supuesto, esta línea no es recta sino de una curvatura compleja.

Esta mecánica interna del desarrollo capitalista a través de la incesante alternancia de crisis y auge basta para mostrar como de incorrecta, unilateral y anticientífica es la idea de que la crisis actual debe, al tiempo que se agrava, perdurar hasta que se instaure la dictadura proletaria, independientemente de que esto ocurra el año que viene, o dentro de tres años o más. Las oscilaciones cíclicas, decíamos para refutar esta idea en nuestro informe y resolución en el Tercer Congreso Mundial, acompañan a la sociedad capitalista en su juventud, en su madurez y en su decadencia, del mismo modo que los latidos de un corazón acompañan a un hombre incluso en su lecho de muerte. Cualesquiera que sean las condiciones generales, por muy profunda que sea la decadencia económica, la crisis comercial-industrial actúa para barrer los excedentes de mercancías y de fuerzas productivas, y para establecer una correspondencia más estrecha entre la producción y el mercado, y por estas mismas razones abre la posibilidad de la reactivación industrial.

El ritmo, el alcance, la intensidad y la duración de la reactivación dependen del conjunto de condiciones que caracterizan la viabilidad del capitalismo. Hoy se puede afirmar positivamente (ya lo afirmamos en los días del Tercer Congreso Mundial) que después de que la crisis haya derribado la primera barricada, en forma de precios desorbitados, la incipiente reactivación, bajo las actuales condiciones mundiales, tropezará rápidamente con otras barricadas: la más profunda ruptura del equilibrio económico entre Norteamérica y Europa, el empobrecimiento de Europa central y

oriental, la prolongada y profunda desorganización de los sistemas financieros, etc. En otras palabras, el próximo boom industrial no podrá en ningún caso restablecer las condiciones de desarrollo futuro de forma comparable a las de antes de la guerra. Al contrario, es muy probable que tras sus primeras conquistas este boom choque contra las trincheras económicas cavadas por la guerra.

Pero un boom es un boom. Significa una demanda creciente de bienes, un aumento de la producción, una disminución del desempleo, un aumento de los precios y la posibilidad de que los salarios sean más altos. Y, en las circunstancias históricas dadas, el auge no amortiguará, sino que agudizará, la lucha revolucionaria de la clase obrera. Esto se desprende de todo lo anterior. En todos los países capitalistas el movimiento obrero después de la guerra alcanzó su punto álgido y luego terminó, como hemos visto, en un fracaso y un retroceso más o menos pronunciados, y en la desunión dentro de la propia clase obrera. Con tales premisas políticas y psicológicas, una crisis prolongada, aunque sin duda actuaría para aumentar el resquemor de las masas trabajadoras (especialmente de los desempleados y semiempleados), tendería sin embargo simultáneamente a debilitar su actividad porque esta actividad está íntimamente ligada a la conciencia de los obreros de su papel insustituible en la producción.

El desempleo prolongado tras una época de asaltos y retrocesos políticos revolucionarios no favorece en absoluto al partido comunista. Por el contrario, cuanto más dure la crisis, más amenaza con alimentar los ánimos anarquistas en un ala y los ánimos reformistas en la otra. Este hecho encontró su expresión en la escisión de las agrupaciones anarcosindicalistas de la Tercera Internacional, en una cierta consolidación de la Internacional de Ámsterdam y de la Internacional 2 y ½, en la agrupación temporal de los serratistas, en la escisión del grupo de Levi, etc. En cambio, el renacimiento industrial está destinado, en primer lugar, a elevar la confianza en sí misma de la clase obrera, minada por los fracasos y por la desunión en sus propias filas; está destinado a fusionar a la clase obrera en las fábricas y plantas industriales y a aumentar el deseo de unanimidad en las acciones militantes.

Ya estamos observando los inicios de este proceso. Las masas obreras sienten bajo sus pies un suelo más firme. Buscan fusionar sus filas. Sienten profundamente que la división es un obstáculo para la acción. Se esfuerzan no sólo en una resistencia más unánime a la ofensiva del capital resultante de la crisis, sino también en preparar una contraofensiva, basada en las condiciones de la reactivación industrial. La crisis fue un período de esperanzas frustradas y de amargura, a menudo impotente. El auge, a medida que se desarrolle, dará salida en la acción a estos sentimientos. Esto es precisamente lo que dice la resolución del Tercer Congreso, que defendimos:

“Pero si los acontecimientos se desarrollan más lentamente y un período de alza sucede, en un número más o menos considerable de países, a la crisis económica actual, este hecho de ningún modo debería ser interpretado como el advenimiento de una época de “organización”. En tanto exista el capitalismo, las fluctuaciones del desarrollo serán inevitables. Esas fluctuaciones acompañarán al capitalismo en su agonía, como lo acompañaron en su juventud y en su madurez.

En el caso que el proletariado sea rechazado por el ataque del capital en la crisis actual, pasará a la ofensiva en el momento en que se perciba algún mejoramiento en la situación. Su ofensiva económica que, en este último caso, sería inevitablemente llevada a cabo bajo las consignas de revancha contra todas las mistificaciones de la época de guerra, contra todo el pillaje y todos los ultrajes

infligidos durante la crisis, tendrá, por esta misma razón, la misma tendencia a transformarse en guerra civil abierta que la lucha defensiva actual.”²

III

La prensa capitalista hace retumbar los tambores sobre los éxitos de la “rehabilitación” económica y las perspectivas de una nueva época de estabilidad capitalista. Estos éxtasis son tan infundados como los temores complementarios de las “izquierdas” que creen que la revolución debe surgir del agravamiento ininterrumpido de la crisis. En realidad, mientras que la prosperidad comercial e industrial que se avecina implica económicamente nuevas riquezas para los círculos superiores de la burguesía, todas las ventajas políticas serán para nosotros. Las tendencias a la unificación en el seno de la clase obrera no son más que una expresión de la creciente voluntad de acción. Si los obreros exigen hoy que, en aras de la lucha contra la burguesía, los comunistas lleguen a un acuerdo con los independientes y con los socialdemócratas, el día de mañana (en la medida en que el movimiento crezca en su alcance de masas) esos mismos obreros se convencerán de que sólo el partido comunista les ofrece la dirección de la lucha revolucionaria. La primera ola de la marea levanta a todas las organizaciones obreras, impulsándolas a llegar a un acuerdo. El mismo destino les espera a los socialdemócratas y a los independientes: serán engullidos uno tras otro por las siguientes olas de la marea revolucionaria.

¿Significa esto (al contrario de lo que los partidarios de la teoría de la ofensiva piensan) que no es la crisis, sino la próxima reactivación económica la que está destinada a conducir directamente a la victoria del proletariado? Una afirmación tan categórica sería infundada. Ya hemos demostrado más arriba que no existe una interdependencia mecánica sino dialéctica compleja entre la coyuntura económica y el carácter de la lucha de clases. Para entender el futuro basta con saber que entramos en el período de reactivación mucho mejor armados de lo que entramos en el período de crisis. En los países más importantes del continente europeo contamos con poderosos partidos comunistas. La ruptura de la coyuntura abre sin duda ante nosotros la posibilidad de una ofensiva, no sólo en el terreno económico, sino también en el político. Dedicarse ahora a especular sobre dónde acabará esta ofensiva es un trabajo infructuoso. Apenas está comenzando, apenas se vislumbra.

Un sofista puede plantear la objeción de que si concedemos que la ulterior reactivación industrial no tiene por qué conducirnos directamente a la victoria, entonces se producirá evidentemente un nuevo ciclo industrial, que significará un paso más hacia la restauración del equilibrio capitalista. En ese caso, ¿no surgiría realmente el peligro de una nueva época de restauración capitalista? A esto se podría responder lo siguiente: si el partido comunista no crece; si el proletariado no adquiere experiencia; si el proletariado no resiste de forma revolucionaria cada vez más amplia e irreconciliablemente; si no pasa a la primera oportunidad de la defensiva a la ofensiva, entonces la mecánica del desarrollo capitalista, complementada por las maniobras del estado burgués, cumpliría sin duda su trabajo a largo plazo. Países enteros serían arrojados económicamente a la barbarie; decenas de millones de seres humanos perecerían de hambre, con la desesperación en sus corazones, y sobre sus huesos se restablecería una especie de nuevo equilibrio del mundo capitalista. Pero tal perspectiva es pura abstracción. En el camino especulativo hacia este equilibrio capitalista hay muchos obstáculos gigantescos: el caos del mercado mundial, el trastorno de los sistemas monetarios, el dominio del militarismo, la amenaza de la

² En obra citada más arriba, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista...*, “Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista. VII. Perspectivas y tareas.”, páginas 127-128 del formato pdf.

guerra, la falta de confianza en el futuro. Las fuerzas elementales del capitalismo buscan vías de escape en medio de un montón de obstáculos. Pero esas mismas fuerzas elementales azotan a la clase obrera y la impulsan hacia adelante. El desarrollo de la clase obrera no cesa ni siquiera cuando retrocede, pues, mientras pierde posiciones, acumula experiencia y consolida su partido. Avanza. La clase obrera es una de las condiciones del desarrollo social, uno de los factores de este desarrollo, y además su factor más importante porque encarna el futuro.

La curva básica del desarrollo industrial busca vías de ascenso. El movimiento se hace complejo por las fluctuaciones cíclicas, que en las condiciones de la posguerra parecen espasmos. Naturalmente, es imposible predecir en qué momento del desarrollo se producirá una combinación de condiciones objetivas y subjetivas que produzca un vuelco revolucionario. Tampoco es posible predecir si esto ocurrirá en el curso de la inminente reactivación, al principio o hacia el final, o con la llegada de un nuevo ciclo. Nos basta con saber que el ritmo del desarrollo depende en gran medida de nosotros, de nuestro partido, de su táctica. Es de suma importancia tener en cuenta el nuevo giro económico que puede abrir una nueva etapa de fusión de las filas y en la preparación de una ofensiva victoriosa. Que el partido revolucionario comprenda lo que es, implica ya de por sí una reducción de todos los intervalos de tiempo y el adelanto de las fechas.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es